HOJA DE SANTA ANA

Segunda época, Jumilla año 2011, nº 9

En Adviento con la Virgen María

Inmaculada que se venera en nuestro Santuario

Con el Adviento iniciamos un nuevo año litúrgico durante el cual contemplaremos el rico contenido de nuestra fe cristiana. Particularmente, durante el Adviento, se nos invita a preparar un hogar para Dios y para lograr este empeño la Iglesia nos presenta la inestimable ayuda y el testimonio singular de la Bienaventurada Virgen María. El 8 de diciembre celebraremos su Inmaculada Concepción, porque así convenía al plan de amor de Dios Padre: "preparar para su Hijo una digna morada". Vuelve a estar presente en el Domingo anterior a la Navidad; del mismo modo que recordaremos su presencia en los días 17 y 24 de este mismo mes. Este año, y de forma excepcional, el día 11 tendremos el privilegio, aquí en Jumilla, de ver coronada canónicamente a nuestra Patrona, la Bienaventurada Virgen María en el misterio de su Asunción a los cielos.

Ante tal presencia de la Madre, el Papa Pablo VI, en su encíclica dedicada al Culto de María, destaca la especial relevancia que Ella tiene para nuestro itinerario espiritual del Adviento: "... *los fieles que viven con la Liturgia el espíritu del Adviento, al considerar el inefable amor con que la Virgen Madre esperó al Hijo, se sentirán animados a tomarla como modelo y a prepararse, "vigilantes en la oración y... jubilosos en la alabanza", para salir al encuentro del Salvador que viene... Resulta así que este periodo, como han observado los especialistas en liturgia, debe ser considerado como un tiempo particularmente apto para el culto de la Madre del Señor: orientación que confirmamos y deseamos ver acogida y seguida en todas partes*".

Es cierto que nuestra cultura, que identifica bienestar con consumo, tiene capacidad para frivolizar los acontecimientos más genuinamente creyentes, y de ello todos somos testigos, pero no es menos cierto que si tomamos como punto de referencia para nuestro itinerario del Adviento a la Bienaventurada Virgen María, al final del mismo nuestra familia, nuestra casa, nuestro corazón será un lugar muy apto en donde el Hijo de Dios pueda encontrar una adecuada morada para vivir entre nosotros, dando luz y calor a nuestra vida. No olvidemos que Ella es muy experta en el Adviento porque el suyo le duró nueve meses.

TESTIMONIO

"Morando en este Convento el Venerable Padre Fr. Juan Mancebón, una noche bajó muy despavorido y, pidiendo al Portero las llaves, abrió la puerta y se salió corriendo al pinar hasta llegar a un pino en el cual estaba la Virgen Santísima con el Infante Jesús su Hijo en los brazos. Tuvo con Hijo y Madre este Siervo suyo un coloquio dulcísimo, que duró rato. Y después habiéndose desaparecido la celestial visión, se volvió al Convento. El día siguiente habiendo salido el mismo Siervo de Dios con los Religiosos a espaciarse al monte, viendo el sobredicho pino, se abrazó con él diciendo: "*Aquí recibió un Religioso un gran favor de Nuestro Señor*". Súpose el caso de la referida visión celestial por el Portero del Convento, el cual la noche que el Venerable Mancebón abrió la puerta y se salió al monte, se salió tras de él y le siguió con cautela, y oyó el soberano coloquio que allí hubo. Habiéndose sabido después el prodigioso caso, la devoción de muchos fue cortando ramas de aquel pino por reliquias y así fueron acabando con él hasta no dejarle raíces. Y en su sitio, para memoria de este prodigioso caso, se edificó la sobredicha pequeña ermita, que visitan con mucha devoción, los que visitan este Santuario."

(El P. Salmerón)

Recreación artística del suceso por el pintor murciano José Mª Almela Costa

LA PIEDAD A LA VIRGEN MARÍA EN LA ESPIRITUALIDAD FRANCISCANA

La Porciúncula: interior

Los biógrafos de san Francisco son unánimes al presentarnos el papel singular que la Bienaventurada Virgen María tuvo en su proceso de conversión y de configuración con Cristo. Así nos lo cuenta Celano: "*Francisco rodeaba de amor indecible a la Madre de Jesús, por haber hecho hermano nuestro al Señor de la majestad. Le tributaba peculiares alabanzas, le multiplicaba oraciones, le ofrecía afectos, tantos y tales como no puede expresar lengua humana*". Y así también lo escribe San Buenaventura en la biografía oficial de san Francisco: "*Francisco amaba con indecible afecto a la Madre del Señor Jesús, por ser ella la que ha convertido en hermano nuestro al Señor de la majestad y por haber nosotros alcanzado misericordia mediante ella. Después de Cristo, depositaba principalmente en la misma su confianza; por eso la constituyó abogada suya y de todos sus hermanos*". De hecho, es al calor de las cuatro paredes en ruina de la "Porciúncula" o Santa María de los Ángeles, en donde san Francisco y sus hermanos maduraron el proyecto evangélico que el Señor les había señalado. Y es ahí donde de nuevo la Virgen María viene a manifestar soberanamente que ella es Madre de la Iglesia, en este caso dando a luz a la Orden Franciscana.

El lugar que ocupa la Bienaventurada Virgen María en la espiritualidad franciscana se halla perfectamente representado de modo muy simple y sencillo en el cuadro de "Nuestra Señora del Pópulo" que podemos contemplar en nuestra Iglesia de Santa Ana. Fr. Miguel Claver, buen artista y mejor hijo de san Francisco, en el año 1648 nos dejó plasmada en esta pintura la grandeza de la Virgen María y su lugar privilegiado en la Historia de la Salvación. Ella tiene recogida la mirada sobre su Hijo y su mano derecha reposa en el pecho. El brazo izquierdo sostiene al Hijo quien ya mira más de frente y, sobre todo, un detalle a destacar: es la mano del Hijo quien está bendiciendo al pueblo. Ese es el secreto de la Virgen; ella nos dio a luz la bendición encarnada en su seno virginal y realizada por Jesucristo, el Señor. De este modo el protagonista del cuadro no es la Madre sino el Hijo, como debe ser; pero contemplando a la Madre ella nos conduce al Hijo. De ahí que la devoción a la Bienaventurada Virgen María es propia y singular pues nadie más que ella puede ofrecernos este camino tan específico y el más corto para encontrarnos con Dios.

Oración de san Francisco a la Bienaventurada Virgen María

Salve, Señora, santa Reina, santa Madre de Dios, María, que eres virgen hecha iglesia y elegida por el santísimo Padre del cielo, a la cual consagró Él con su santísimo amado Hijo y el Espíritu Santo Paráclito, en la cual estuvo y está toda la plenitud de la gracia y todo bien.

Salve, palacio suyo; salve, tabernáculo suyo; salve, casa suya.

Salve, vestidura suya; salve, esclava suya; salve, Madre suya y todas vosotras, santas virtudes, que sois infundidas por la gracia e iluminación del Espíritu Santo en los corazones de los fieles, para que de infieles hagáis fieles a Dios.

Cimabue, Basílica de San Francisco